

**FIGARI**

*Juana de Ibarbourou*

Que la poesía tiene cambios misteriosos y encadenamientos infrecuentes es cosa sabida. Algunos lo creerán; otros, allá ellos. Que hay zonas oscuras en el ser humano –léase la inscripción del mal en las conductas– también es conocido. Pero al mismo tiempo, junto a lo horrible convive la belleza, y no siempre confundidos, como manifestaban las brujas de Macbeth. Por suerte, aunque a veces es difícil discernir su frontera, el Bien tiene definido su perímetro.

Pocos días hace que un poeta de las recientes promociones, Álvaro Ojeda, encontró en la feria de Tristán Narvaja un libro sobre Pedro Figari, y en él un poema manuscrito de Juana de Ibarbourou. Esta operación puedo leerla en varios niveles: el hallazgo de ese objeto, el entusiasmo de Ojeda por el poema, el regalo que me ofrece, el poema en sí, donde además de sus dones Juana manifiesta la incondicional admiración de una grande por otro grande. Y entonces, con motivo de las páginas que anteceden, nos pareció oportuno brindarlo aquí a los lectores.

Que la poesía es un misterio y un arte tan grande e infrecuente como el arte de la admiración, queda demostrado. La existencia del azar junto a la energía gozosa de la vida y la calidad de algunos seres, también.

Jorge Arbeleche

Barbado amigo ya en la “gloria” pura,  
Donde los bosques son laurel y mirto  
Y han de cebarte tu criollo amargo,  
Arcángeles retintos:

(¡Oh qué sonrisa!)

Barbado amigo que te fuiste un día,  
Ya bien seguro de quedarte siempre,  
Entre los hombres que te dieron himnos,  
Finos puñales y terribles mieles:

(¡Ah..., qué sonrisa!)

Aquí tenemos tu pasión y sueños  
En los colores y la intrusa vida,

Que trasplantaste de tus propias venas,  
Al mundo inmóvil que por ti respira.

La muchedumbre que creaste anda,  
Entre nosotros, con el mismo fuego,  
Con que latiera por tu pulso joven  
Y tras el pecho de encrespados duelos.

Tus criaturas nos donaste hechas,  
Ya para un mundo que no tiene muerte,  
Y las forjaste como tú, sin hieles,  
De frentes claras y de puños fuertes.

Aparta un poco los ramajes sacros,  
En esos bosques de laurel y mirto,  
E inclina el rostro de agrisadas barbas,  
Hacia tu oscura multitud de hijos.

Verás, poeta que pintando hablaste,  
El resplandor que de tu sangre queda.  
Eres de aquellos que al marcharse dejan,  
Para siempre encendida su lucerna.

Montevideo, 1945.

Figari.

Barbado amigo ya es la gloria plena,  
 Donde los brujos son laurel y mirto  
 Y hasta de cebaste te criollo ancargo,  
 Arcángelos retintos;

(¡Oh, que sonrisa!)

Barbado amigo que te fuiste un día,  
 Ya bien seghero de quedarte siempre,  
 Entre los hombres que te dieron himnos,  
 Hinos primales y terribles niclos;

(¡Ah... que sonrisa!)

Aquí tenemos tu pasión y sueños  
 En los colores y la intensa vida,  
 Que transplantaste de tus propias venas,  
 Al mundo rumoinal que por ti respira.

Lo muchodumbre que creaste aude,  
 Entre nosotros, con el mismo fuego,  
 Con que latiera por tu pulso joven  
 Y tras el pecho de encrespados dedos

Las cinturas nos donaste hechas,  
 Y para un mundo que no tiene muerte,  
 Y las forjaste como tu, sin hielos,  
 De frentes claras y de puños fuertes.

Aparta en Jivo los ramares sacros,  
 Con esos troques de laurel y misto,  
 E inclina el rostro de abrisadas barbas,  
 Hacia tu oscura multitud de hijos.

Veras, poeta que pintando hablaste,  
 El resplandor que de tu sangre queda,  
 En los de aquellos que al marcharse dejan  
 Para siempre encendida su lucerna.

Juan de Barboza  
 Montevideo, 1945.